

Amor y Destino

Sobre el origen de la vocación en el pensamiento de José Ortega y Gasset

Love and Destiny. On the origin of the vocation in the thought of José Ortega y Gasset

María Laura Hinojo
hinojomarialaura@gmail.com

Resumen: El problema del origen de la vocación en el pensamiento de José Ortega y Gasset puede abordarse desde dos perspectivas de diversa profundidad: la primera, referida al fundamento de la vocación en el sujeto; la segunda, sobre la posibilidad de una causa de la vocación que sea exterior al sujeto mismo. La primera vía nos llevará a descubrir que la vocación surge de la más individual de nuestras dimensiones: el alma. Ésta es la sede de nuestros sentimientos, entre los cuales el amor se manifiesta como el sentimiento fundamental, principio de todos los demás. Así, el problema del origen de la vocación en el sujeto encuentra, desde la comprensión del sentimiento amoroso, su pleno significado. La segunda vía sólo permite realizar una reflexión personal, pues el mismo Ortega deja en suspenso la cuestión que en ella plantea.

Palabras clave: Ortega y Gasset, origen, vocación, alma, amor.

Abstract: The problem of the origin of the vocation in the thought of José Ortega y Gasset can be approached from two perspectives of diverse depth: the first one, referred to the foundation of the vocation within the subject; the second one, to the possibility of a cause of vocation that is external to the subject itself. The first perspective leads us to discover that the vocation arises from the most individual of our dimensions: the soul, where our feelings lay. From all those feelings love manifests itself as the fundamental one, the outset of all others. Thus, the problem of the origin of the vocation within the subject finds its full meaning from the understanding of the feeling loving. The second way only allows a personal reflection, because the same Ortega leaves in suspense the question raised in it.

Keywords: Ortega y Gasset, Origin, Vocation, Soul, Love.

Introducción

El tema de la vocación no ha sido desarrollado sistemáticamente por Ortega en ninguna de sus obras; sin embargo, la recorre e impregna. Podemos decir que la vocación es una clave de interpretación de toda su filosofía, a la cual no tendría reparos en calificar como una “filosofía de la vida como vocación”, aunque tal afirmación debiese ser justificada estrictamente en otra investigación. De las múltiples cuestiones que se pueden considerar en torno al tema de la vocación en Ortega y Gasset, me centraré en la de su origen. Abordaré este problema desde dos perspectivas diversas en profundidad pero íntimamente vinculadas. La primera sobre el fundamento: ¿“desde dónde” se origina la vocación en el sujeto mismo?; la segunda, sobre la causa última de la vocación: ¿“Qué” o, eventualmente, “quién” llama?

Luego de una breve caracterización de la vocación en Ortega, me centraré en la primera de las cuestiones planteadas. Ésta nos llevará necesariamente al tema del amor y a la luz que éste brinda para la plena comprensión del origen de la vocación. Este punto es clave y llama la atención que los comentaristas y estudiosos del filósofo madrileño no hayan dado al amor un lugar relevante como pieza para entender su pensamiento en torno a la cuestión de la vocación y su origen. Considero que desde esta perspectiva es posible anudar todas las piezas de una “teoría de la vocación” en Ortega y revelar su sentido último. Finalmente, reflexionaré sobre la posibilidad de una causa extrínseca de la vocación en el pensamiento del autor.

1. El “yo” como vocación

En *Meditaciones del Quijote* (Ortega y Gasset, 1983, tomo 1), Ortega afirma que de un “fondo insobornable” procede lo que indiscutiblemente somos, nuestro genuino modo de sentir la realidad, de experimentarla o vivenciarla. Más tarde, en *El Espectador* (Ortega y Gasset, 1983, t. 2), encontramos un desarrollo de este concepto que va madurando con el tiempo, enriqueciéndolo y mostrando sus diversas facetas y otorgándole diferentes denominaciones. Es, precisamente, este fondo insobornable o sensibilidad radical lo que después llama vocación. Esta sensibilidad radical es la raíz de la autenticidad, pues de ella emana todo lo que podemos llamar genuinamente “nuestro”.

Partiendo de este principio, toda la filosofía de Ortega es un llamado a la autenticidad, a obrar con responsabilidad, es decir respondiendo desde

mí mismo, en primera persona. Lo que no significa sólo desde mi entender y querer, si los mismos se han conformado sólo con lo que “pasivamente” he recibido desde el exterior y que jamás he pasado por el tribunal de nuestro fondo insobornable. Todo aquello que no hago mío vitalmente no me pertenece y me falsifica, me despersonaliza¹. Sin embargo, serán propiamente mías aquellas cosas que hayan sido valoradas desde mi auténtico “yo”:

Nada merece tan propiamente ser llamado yo como ese personaje programático, porque de su peculiaridad depende el valor con que en nuestra vida queden calificadas todas nuestras cosas, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro carácter, nuestra circunstancia. Son nuestras por su relación favorable o desfavorable con aquel personaje que necesita realizarse. (Ortega y Gasset, 1983, t. 4, p. 401)

Esta “estimación vital” que, aún sin saberlo, nos provoca la realidad, es uno de los aspectos fundamentales de los que se componen la perspectiva y el punto de vista personalísimo que hace imposible pensar que dos hombres vivan una misma situación. La disposición que las cosas adquieren respecto de ambos –que desde fuera parece ser idéntica–, es única e incommensurable con la otra, pues cada una responde de modo distinto al particular destino íntimo de cada cual. Así pues: “yo soy una cierta individualísima presión sobre el mundo; el mundo es la resistencia no menos determinada e individual a aquella presión” (Ortega y Gasset, 1983, t. 4, p. 401).

Ortega se refiere a veces a este “fondo” como “pulso vital” o “sentimiento de vitalidad”². De tal modo, nuestro fondo insobornable sería la vi-

¹ Así lo denuncia Ortega: “Ahora bien, con enorme frecuencia nuestra vida no es sino eso: falsificación de sí misma. Una gran porción de los pensamientos con que vivimos no los pensamos con evidencia. Con vergüenza reconocemos que la mayor parte de las cosas que decimos no las entendemos bien, y si nos preguntamos por qué las decimos, esto es, las pensamos, advertiremos que las decimos no más que por esto: porque las hemos oído decir, porque las dicen los otros. Jamás hemos procurado repensarlas por nuestra cuenta y buscar su evidencia. Todo lo contrario: no las pensamos porque nos son evidentes, sino precisamente porque las dicen los otros. Nos hemos abandonado a los otros y vivimos en alteración, en perpetua estafa de nosotros mismos. Tenemos miedo a nuestra vida que es soledad y huimos de ella, de su auténtica realidad, del esfuerzo que reclama escamoteamos nuestro auténtico ser por el de los otros, por la sociedad” (J. Ortega y Gasset, 1983, t. 4, pp. 73-74).

² Cf. J. Ortega y Gasset (1983, t. 2). Al respecto, comenta Larraín Acuña: “El pulso vital o sentimiento de vitalidad de que habla Ortega nada tiene que ver con esas sensaciones

talidad primigenia, vida esencial, que dirige y regula la actividad más profunda de cada persona. En *Ideas sobre Pío Baroja* (1983), nos presenta algunas de las características fundamentales de este fondo:

Hablaba yo antes de un cierto fondo insobornable que hay en nosotros. Generalmente, ese núcleo último e individualísimo de la personalidad está soterrado bajo el cúmulo de juicios y maneras sentimentales que de fuera cayeron sobre nosotros. (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 84)

Este fondo no es algo que hallemos con tanta facilidad, pues el mismo suele encontrarse bajo tierra de todo lo que a lo largo de los años se fue acumulando sobre nosotros a modo de educación, ideas, cultura, formando el “yo convencional” que suele envolverlo. Por ello, sólo algunos hombres dotados de una peculiar energía consiguen oír su “yo profundo”, del cual, de cuando en cuando, llega a la superficie de la conciencia su voz recóndita. Esta voz que emerge de nuestro más genuino yo, no es otra que “la vocación”.

Antes que nada, el filósofo español nos pone en guardia respecto de considerarla, como es frecuente, como una forma genérica de ocupación profesional. Lo social es esencialmente impersonal y mecánico, y si en el orden profesional, como en todos los demás, puede el hombre inspirarse en los esquemas sociales, para que lleguen a ser vocación tendrá que modularlos individualmente (Gaete, 1962, p. 129). La profesión puede ser una forma, sólo un aspecto de la concreción de la vocación, la cual necesariamente terminará tomando el cariz especialísimo de cada persona. Por tanto, uno podrá ser médico, pero lo será en la única y singularísima manera de serlo él mismo.

Si por vocación no se entendiese sólo, como es sólito, una forma genérica de la ocupación profesional y del currículo civil, sino que significase un programa íntegro e individual de existencia, sería lo más claro decir que nuestro yo es nuestra vocación. (Ortega y Gasset, 1983, t. 4, p. 401)

Con la expresión “programa íntegro e individual” no se refiere Ortega a que en él se encuentran determinados puntualmente los actos concretos que

orgánicas. Además, no es una mera suma o resultado de fenómenos psíquicos previamente dados sino la fuente misma desde donde esos fenómenos brotan” (Larraín Acuña, 1962, p. 136).

una persona ha de realizar, sino que es un programa que posee, de modo incoado, las líneas fundamentales que definen la totalidad de la vida personal en todas sus dimensiones. Por supuesto que, como nada de lo humano es enteramente similar en los individuos, la vocación se presentará en diversos grados de concreción o especificación. Y si bien cada hombre desarrollará un papel único en su puesto en la historia, algunos se verán constreñidos por un destino más estrecho o determinado (Ortega y Gasset, 1983, t. 4, p. 411).

2. El origen de la vocación en el sujeto

Luego de esta breve consideración sobre la naturaleza de la vocación me centraré en la cuestión de su origen, para responder a la primera pregunta sobre el “desde dónde” nace la vocación en el sujeto mismo.

Por lo antedicho, pareciera que la vocación surge del fondo insobornable que somos. Mas, como Ortega también afirma que este fondo posee un origen misterioso, es necesario profundizar la comprensión del mismo. Para ello tomaré sólo el ensayo *Vitalidad, alma y espíritu* (Ortega y Gasset, 1983, t. 2), pues éste nos proporciona lo esencial.

2.1. Las tres regiones del sujeto

En este ensayo Ortega plantea que la intimidad humana está constituida por lo menos por tres regiones: vitalidad, alma y espíritu, que llama “zonas de vitalidad”. Las mismas constituyen “centros personales”, que se hallan indisolublemente ligados y articulados unos con otros, pero, manteniendo su distinción. Antes de pasar a una breve referencia a cada uno, es importante recordar cómo llega Ortega a ellos y cuál es su finalidad:

Esta tripartición de nuestra intimidad en las tres zonas de vitalidad, alma y espíritu nos es impuesta por los hechos, y hemos llegado a ella sin otra operación que filiar estrictamente, como hace un zoólogo al clasificar la fauna, los fenómenos internos. Esos tres nombres, pues, no hacen sino denominar diferencias patentes que hallamos en nuestros íntimos sucesos: son conceptos descriptivos, no hipótesis metafísicas. (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 465)

La composición de la intimidad humana, es alcanzada por Ortega por un proceso de introspección, reflexionando sobre la interioridad y su com-

plejidad. Su intención es meramente descriptiva, pretende constatar lo patente, no plantear razones de ser. Me detengo a señalarlo, porque no considero acertado ver en este texto argumentos según los cuales la posición orteguiana sería la de un vitalismo monista y evolucionista (García Estrada, 1955, pp. 245-255; Sánchez Villaseñor, 1943, pp. 125 ss.), sobre todo por sus afirmaciones acerca de que del fondo de vitalidad inconsciente, oscuro y latente emanan las otras dimensiones.

2.1.1. La vitalidad

La vitalidad o alma carnal, es el cimiento y raíz de nuestra persona, en ella se funden, de ella emanan y se nutren las otras regiones nuestras. Es, ante todo, una fuerza vital, rebosante o deficiente, sana o enferma. Es clave por su gran influencia sobre nuestro carácter y determinará que una persona posea, lo que Ortega llama una “vitalidad ascendente o descendente”, muchas veces determinante para cumplir la propia vocación³.

2.1.2. El espíritu

Pero si la vitalidad constituye el cimiento y raíz de nuestra persona, su periferia animal, lo más personal de ella es el espíritu. En este caso, “personal” es sinónimo de propio, lo que puedo llamar “mío” por depender de mí, ser de mi autoría y responsabilidad: “llamo espíritu al conjunto de los actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor y protagonista” (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 461). Es lo que acontece con los actos de la voluntad y el pensamiento. “Ese hecho que expresamos con la frase “yo quiero”, ese resolver y decidir, nos aparece como emanado de un punto céntrico en nosotros, que es lo que estrictamente debe llamarse “yo” (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 461). Lo mismo sucede con el pensamiento, el acto por el cual entendemos algo con suficiente evidencia sólo puede ser ejecutado por ese centro de mí ser, que es la mente o espíritu.

³ “No es posible, en ningún sentido, una personalidad vigorosa de cualquier orden que sea [...] sin un abundante tesoro de esa energía vital acumulada en el subsuelo de nuestra intimidad y que he llamado ‘alma corporal’” (Ortega y Gasset, 1982, t. 2, p. 456).

2.1.3. El alma

Por último, el espíritu, el “yo”, no es el alma. Más bien, está perdido en medio de ella como náufrago, y ésta lo envuelve y alimenta.

Entre la vitalidad, que es, en cierto modo, subconsciente, oscura y latente, que se extiende al fondo de nuestra persona como un paisaje de fondo de un cuadro, y el espíritu, que vive sus actos instantáneos de pensar y querer, hay un ámbito intermedio más claro que la vitalidad, menos iluminado que el espíritu y que tiene un extraño carácter atmosférico. Es la región de los sentimientos y emociones, de los deseos, de los impulsos, y apetitos: lo que vamos a llamar en sentido estricto, alma. (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 462)

2.2. El orden vital de las regiones del sujeto

El pronombre posesivo “mi” es utilizado respecto de estas tres regiones, pero diversamente. Mi cuerpo, no es mío como lo son mis tristezas y alegrías, ni mucho menos como lo son mis decisiones. Pero la pertenencia a mi persona, que el posesivo “mío” expresa, se cumple en los tres casos. Creo que, precisamente, uno de los grandes desafíos de Ortega fue armonizar estos tres centros personales. Su filosofía, en gran medida, es un intento de conjugar estas tres dimensiones en la unidad de la vida⁴.

Es fundamental, para él, aceptar la realidad en su integridad, no se puede desconocer ninguno de sus aspectos, so pena de cercenar la vida (Gurméndez, 1983, pp. 407-419). Cada hombre es una ecuación diferente de estos tres ingredientes, y la proporción que tengamos de cada uno nos dará características especiales. Así hay personas con “mucha alma” y “poco espíritu”, otras de “gran vitalidad” y carencia de las otras dimensiones. No obstante, para Ortega lo esencial no es la cantidad, sino el orden de esas potencias en nuestra vida. Atendidos a esto, podemos preguntarnos: ¿Desde dónde estoy viviendo mi vida? Porque desde ese centro hago gravitar toda mi existencia (Conill Sancho, 2015, pp. 491-513).

⁴ Este intento se pone de manifiesto sobre todo en su obra: *El tema de nuestro tiempo* (1983).

El predominio del espíritu y del cuerpo tiende a desindividualizarnos, y, al propio tiempo, a suspender nuestra vida de alma. La ciencia y la orgía nos vacían de la emoción y del deseo y nos arrojan de ese recinto, desde el cual vivíamos frente a todo lo demás, sumidos en nosotros mismos, y nos vuelcan sobre regiones extraindividuales, sea la superior de lo Ideal, sea la inferior de lo Vital y cósmico. (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 468)

La vida espiritual, obra de acuerdo a normas objetivas, al pensar debo cumplir las leyes lógicas y amoldar mi inteligencia al ser de las cosas. El pensamiento puro es idéntico en todos los individuos. Lo mismo sucede con la voluntad, si ésta se acomodara siempre al “deber ser”, todos querrían lo mismo. Así, “al pensar o al querer, abandonamos nuestra individualidad y entramos a participar de un orbe universal, donde todos los demás espíritus desembocan y participan como el nuestro” (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 466).

El mundo corporal y espiritual son relativamente abstractos y genéricos, en cambio, el sentir, el conmovernos o el desear los experimentamos como actos privados, individuales. Una angustia es sólo mía, nadie más que yo puede vivir de mis anhelos más profundos. El alma, constituye como un recinto personal frente al resto de universo, lugar donde el hombre puede vivir “desde” sí mismo. La vida del espíritu y la vida corporal nos hacen coincidir con un centro sobreindividual, el de la naturaleza y del espíritu. Frente a este universo, que opera con sus propias leyes, se opone el reducto del alma, gracias a la cual nos sentimos individuales. Es lo que Ortega llama carácter “excéntrico del alma”:

Sólo el hombre en quien el alma se ha formado plenamente posee un centro aparte y suyo, desde el cual vive sin coincidir con el cosmos. ¡Dualidad terrible, antagonismo delicioso! Ahí, el mundo que existe y opera desde su centro metafísico. Aquí, yo, encerrado en el reducto de mi alma, “fuera del Universo”, manando sentires y anhelos desde un centro que soy yo y no es del Universo. Nos sentimos individuales merced a esta misteriosa excentricidad de nuestra alma. Porque frente a la naturaleza y espíritu, alma es eso, vida excéntrica. (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 469)

2.3. El hombre es su alma

La expresión tan socrática: “el hombre es su alma” puede ser usada ahora para referirla a Ortega y Gasset en un sentido totalmente diverso. Teniendo en

cuenta que estamos ante descripciones de una realidad complejísima y misteriosa, me arriesgo a afirmar –por cuenta propia– que el centro espiritual, correspondería al “yo efectivo”, el yo ejecutivo e histórico, que sigue la norma inmediata del proyecto que elaboro desde mi fantasía y llevo a cabo libremente. El centro psico-corporal, sería parte de mi circunstancia, con quien me encuentro como algo dado. El centro anímico, sería el “lugar” en el cual se manifestaría mi fondo insobornable, la norma mediata de mi obrar. No creo que sea correcto afirmar que se identifican integralmente, pero sí, que nuestra alma es el lugar de residencia de ese yo irrevocable, absolutamente único, depositario de mi identidad. “Mas, por otra parte, cae el hombre prisionero de su alma. La ciudadela, el hogar, son, a la vez, prisión y mazmorra. Quiéralo o no, tengo que ser yo, y sólo yo” (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 470). Estas palabras de Ortega, parecen que confirman mi aserción, y ayudan a resolver el primer asunto planteado sobre dónde se origina nuestra vocación. Pero también insisten en la inexorable necesidad de que eso que somos sólo se realiza fuera de sí. Tengo que ser yo, y sólo yo, pero no en la prisión de mi alma, pues ésta encuentra el oxígeno para vivir sólo en la atmósfera de su circunstancia.

Ya hacia el final de su ensayo, nos sorprende Ortega con una faceta del cumplimiento de la vocación que no había aparecido en otros escritos y que me parece una pieza esencial. Nos dice que el hombre que desea tener una existencia auténtica experimentará la fatiga de tener que vivir siempre y a cada momento sobre sí mismo. Quizás sentirá la tentación de abandonarse, como se deja junto al camino una carga penosa. Buscará afligido algo sobre lo cual descansar su alma agobiada. Pareciera que no hay remedio, es forzosamente seguir adelante, siendo el que se es. Mas, no nos deja desahuciados, pues nos dice: “Pero sí, un remedio existe, sólo uno, para que el alma descansa: un amor ferviente a otra alma” (Ortega y Gasset, 1983, tomo2, p. 470). Fíjese que habla de un “único remedio”. Se abre paso el tema del amor, muy caro para Ortega y que posee una íntima relación con la vocación y su origen.

3. Amor y vocación

La vocación encuentra su origen en el alma, región de los sentimientos. Más, entre todos ellos, dará Ortega al amor un lugar fundamental. Es por ello que se hace imperioso que nos adentremos en los estudios que sobre el amor hiciera nuestro filósofo, a fin de buscar los vínculos entre el origen de la vocación y el amor. Pero antes, creo conveniente visualizar el valor que la vida tiene para Ortega y el fundamento de esta valía.

3.1. La vida es valiosa en sí misma

Para el filósofo madrileño la vida es amable porque encierra una dignidad superior a cualquier otra realidad⁵. “Y, en efecto, emparejada la vida más doliente y sórdida con la piedra más perfecta, notamos al punto la superior dignidad de aquélla” (Ortega y Gasset, 1983, t. 3, p. 189). No necesita de ningún contenido determinado para tener valor y sentido, la vida vale por sí misma. Toda vida merece ser vivida, y para ser estimable no necesita estar puesta al servicio de otra cosa. Lo que no implica que, una vez puestos en el plano de la vida y midiendo desde su altura jerárquica, sea posible distinguir formas más o menos valiosas de vivir. Así, Ortega distingue entre la vida lograda y la vida malograda (Ortega y Gasset, 1983, t. 3, p. 190).

Nuestro autor señala que todas las culturas cuando han querido buscar el valor de la vida, su sentido o justificación, han recurrido a cosas que están más allá de ella. Este hecho tiene una explicación: “La vida es el hecho cósmico del altruismo, y existe sólo como perpetua emigración del Yo vital hacia lo Otro” (Ortega y Gasset, 1983, t. 3, p. 187). He aquí la esencia de la vida, y lo que ha llevado a creer que su valor estaba en lo otro, a lo cual ella tiende, y no en sí misma.

Para Ortega, no son los valores trascendentales los que dan sentido a la vida, sino, justamente al revés: la admirable generosidad de ella que necesita trascenderse hacia lo distinto de sí, es por lo que la misma alcanza todo su sentido y significación. No desconoce el valor de la verdad, el bien, la belleza, la justicia; más bien señala que es precisamente su condición de espléndida apertura y ofrenda de sí misma hacia lo valioso, lo que da sentido, valor y justificación a la vida. “No quiero decir con esto que todas esas grandes cosas sean ficticiamente valiosas: sólo me interesa advertir que no es menos valioso ese poder de encenderse por lo estimable que constituye la esencia de la vida” (Ortega y Gasset, 1983, t. 3, p. 188).

⁵ A los fines de este estudio baste tener presente que cuando nuestro filósofo habla de “la vida” –uno de los conceptos claves de su pensamiento– se refiere a ella en su sentido más sencillo. No se trata de la vida en general, ni tampoco de un fenómeno biológico. Tiene ante todo un carácter histórico y biográfico. La vida, lo que todos llamamos tal, es el mero y simple hecho de vivir usted y yo, cada uno. Y esto es nada menos que la “realidad radical”: “La vida humana es una realidad extraña, de la cual lo primero que conviene decir es que es la realidad radical, en el sentido de que a ella tenemos que referir todas las demás, ya que las demás realidades, efectivas o presuntas, tienen de uno u otro modo que aparecer en ella” (Ortega y Gasset, 1983, t. 6, p. 13).

Estas palabras significan que la esencia de la vida es la capacidad de captar lo otro en su valía objetiva –no sólo lo subjetivamente valioso, hacia lo que también tiende el animal por instinto-, y de reconocer y respetar su jerarquía. Esa capacidad de captar lo otro en tanto otro, su valor intrínseco y, relativizando sus propios intereses, trascenderse a sí misma, es la manifestación más clara de la “dignidad humana”. Esta nota esencial hace de cada vida un valor absoluto y no necesita de ningún otro contenido para valer⁶.

La vida es absolutamente amable, por ello, el impulso que lleva a cumplir el propio destino no es el afán egoísta de autoafirmación, sino la aceptación gozosa de la vida que se me ha dado, y con ella una vocación que se traduce en una misión o “quehacer”. No narcisismo, sino auténtico amor “a ser sí mismo”, lo cual consiste, desde su raíz, en trascenderse, en un perpetuo emigrar del Yo vital hacia lo Otro, en movimiento esencialmente amoroso⁷.

3.2. Notas esenciales del amor

Si la vocación es primordialmente este movimiento amoroso que se origina en el alma, veamos las notas esenciales del amor, tal como las presenta Ortega en *Estudios sobre el amor* (1983), el primero de los cuales se titula: *Facciones del amor*. En él la intención de Ortega es tratar del amor mostrando

⁶ Es importante no perder de vista que el llamado, por algunos, “vitalismo” no reduce en lo más mínimo la dignidad de la vida humana poniéndola en un plano meramente biológico. Más aún, en su pensamiento están perfectamente identificados vida=yo=persona. Para reforzar esta afirmación me remito al fragmento de *Muerte y Resurrección*, en el que Ortega reflexiona sobre la pintura de El Greco en el que se representa el martirio de san Mauricio y sus compañeros: “Por esto, San Mauricio toma su propia vida y la de sus legionarios y la arroja lejos de sí. Precisamente porque conservándola no sería su vida. Para ascender a sí mismo, para ser fiel a sí mismo, necesita volcarse íntegro en la muerte. Siempre en la voluntad de morir se busca una resurrección. Y el mismo acto en que se renuncia a la propia vida significa la suprema afirmación de la personalidad: es un volver de la periferia a nuestro centro espiritual” (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 153).

⁷ “Las distintas realidades que constituyen al hombre no son dispares ni antagónicas, pero tampoco se entremezclan y amalgaman. Todo se une en el hombre, pero nada se confunde, integrándose sus distintas facultades en una unidad viva, dinámica, operativa y circular. No es extraño que de esta conjunción o síntesis dialéctica de cuerpo, alma y espíritu, brote el amor, el más poderoso de los sentimientos” (Gurmendez, 1983, p. 412).

lo propio y permanente que hay en él considerándolo en su aspecto más universal⁸.

3.3.1. El amor es un sentimiento

Lo primero que hace Ortega es colocar al amor en el orden de los sentimientos, considerando un error incluirlo en el orden pasional o apetitivo, dentro del cual el amor sería una manifestación del concupiscible, el apetito de lo bueno en cuanto bueno. Señala la importancia de distinguir el ámbito de los apetitos del de los sentimientos, mas no nos da ninguna definición de lo que sean estos últimos.

Según Ortega, nada hay tan fecundo en la vida como el sentimiento amoroso, él es la fuente de toda fecundidad. De esta fuente nacen los deseos, las voliciones, los pensamientos e innumerables actos del hombre. Sin embargo, ninguno de estos es el amor, sino sus consecuencias y presuponen su existencia.

3.3.2. El amor es "elección" originaria

La preocupación de Ortega es distinguir el amor del deseo y del acto voluntario. A lo primero, se dedica en *Facciones del amor*; a lo segundo, hace sólo breves alusiones en el tercer estudio: *La elección en el amor*. Allí nos dice que en el amor hay una especie de "elección" mucho más efectiva que las que el hombre realiza conscientemente, pues en ella no hay libertad, sino que depende del fondo radical del sujeto. Obedece a una ley interna, cuya intervención y efecto frente al albedrío, si se las compara, deja a este último casi en la nulidad (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 601). En realidad inteligencia y voluntad tienen como tarea, frente a esta ley interior, completarnos y perfeccionarnos. "Es el golpe de pulgar que el espíritu –inteligencia y voluntad- da a nuestro barro primigenio. Sea mantenida en todo honor esta divina intervención de la potencia espiritual" (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, pp. 602-601). Nuevamente

⁸ "...conviene que atendamos al fenómeno del amor en toda su generalidad. No sólo ama el hombre a la mujer y la mujer al hombre, sino que amamos el arte o la ciencia, ama la madre al hijo y el hombre religioso ama a Dios. La ingente variedad y distancia entre esos objetos donde el amor se inserta nos hará cautos para no considerar como esenciales al amor atributos y condiciones que más bien proceden de los diversos objetos que pueden ser amados" (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 553).

busca señalar la fuerza fundamental y decisiva que el fondo insobornable, la vocación, posee en la consecución de una vida auténtica. Por ello, no hay que equivocarse y caer en la ilusión acerca de la dosis de la influencia de las potencias espirituales en la formación de la identidad personal.

Creo que aquí es fundamental distinguir dos planos: el del origen de la fuerza vocacional vital y el del gobierno o dirección de la misma. Corresponde al primero, la potencialidad anímica, y al segundo, la potencialidad del espíritu. La misión de las potencias espirituales sería completa y perfecta. En este punto, recordemos el papel que juega el proyecto que cada uno elabora y que debe estar en sintonía con el proyecto que somos vitalmente. En referencia a la voluntad, expresa: "... el oficio de la voluntad, y en general del espíritu, no es creador, sino meramente corrector. La voluntad no mueve, sino que suspende, este o el otro ímpetu prevoluntario que asciende vegetativamente de nuestro subsuelo anímico" (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 602). En el intrincado actuar de nuestras inclinaciones, deseos y apetitos, la voluntad tiene la misión de limitar o refrenar algunos y permitir que otros fluyan y se desplieguen plenamente. Nuestro querer, más que un poder activo, lo que hace es levantar las esclusas que contienen un ímpetu preexistente. La intervención de la voluntad sería más escasa de lo que creemos, pues vivimos de una vitalidad pre-racional y originada en ese fondo que en realidad somos, por la cual estamos predestinados a un modo peculiar de existir.

Todos nos damos cuenta de que en zonas de nuestro ser más profundas que aquellas donde la voluntad actúa está decidido a qué tipo de vida quedamos adscritos. Vano es el ir y venir de experiencias y razonamientos: nuestro corazón, con terquedad de astro, se siente adscrito a una órbita predeterminada. (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 604)

Siendo el amor, "elección", en el sentido extremo afirmado por Ortega, éste tiene el poder de modelar el destino individual del sujeto, y sería preciso tomar conciencia y hacernos cargo de la enorme influencia que en nuestra vida tienen nuestros amores. Esta atención debería recaer especialmente sobre los más humildes y cotidianos, que por su aparente insignificancia no son advertidos, pues nos encandilamos con esos raros e infrecuentes amores de aspecto dramático –esas "locuras" de amor de las que casi toda, o toda nuestra vida carece-, pero de efectos más superficiales (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 619).

Se puede decir, por último, que de la misma manera que se conoce el árbol por sus frutos, se conoce a un hombre por sus amores: "poseeremos en

él, a la par, una *ratio cognoscendi* y una *ratio essendi* del individuo" (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 618).

3.3.3. El amor no es deseo

Tomando ahora, la distinción entre amor y deseo, volvamos al primer estudio: *Facciones del amor*. En éste establece Ortega la irreductibilidad de amor y deseo, por el hecho evidente de que, si bien, todo lo que amamos en algún sentido también lo deseamos; deseamos infinidad de cosas frente a las cuales somos totalmente indiferentes en plano sentimental.

Pero la razón fundamental para diferenciar el amor del deseo la encuentra en que el deseo entraña en el fondo el afán de posesión. El deseo es en su raíz egoísta y egocéntrico, lo único que importa es el "yo", el "tú" está fuera de su alcance, no lo visualiza, ni lo necesita sino en tanto y en cuanto me satisfaces a "mí". "Desear algo es, en definitiva, tendencia a la posesión de ese algo; donde posesión significa, de una u otra manera, que el objeto entre en nuestra órbita y venga como a formar parte de nosotros" (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 554). Esto le da al deseo su carácter inestable, cambiante, volátil y efímero, de tal modo que una vez satisfecho, muere instantáneamente. Además, todo deseo tiene un "carácter pasivo", el sujeto al desear pretende que el objeto venga hacia él, ser centro de gravitación donde espera que las cosas vengan a caer. El deseo busca finalmente y siempre la autoafirmación, por la cual el hombre se encierra en sí mismo, reafirma sus límites, su separación, se achican sus horizontes, dentro de los cuales todo ha de ser fagocitado, existir "para" él.

3.3.4. El amor es actividad, movimiento en pro del amado

En sentido inverso, en el amor todo es actividad:

Y en lugar de consistir en que el objeto venga a mí soy yo quien va al objeto y estoy en él. En el acto amoroso, la persona sale fuera de sí: es tal vez el máximo ensayo que la naturaleza hace para que cada cual salga de sí mismo hacia otra cosa. No ella hacia mí, sino yo gravito hacia ella. (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 554)

Amor y deseo pueden ser confundidos en su inicio, pues en ambos casos el objeto excita o incita al alma, que se siente herida y por una fuerza

centrípeta el objeto viene hacia nosotros. Pero el amor, si es tal, comienza propiamente luego de esta incitación. Ortega lo describe como un caminar por el que el amante va hacia lo amado, empujado por una fuerza, ahora centrífuga, de sentido inverso al deseo: “Este carácter de hallarse psíquicamente en movimiento, en ruta hacia un objeto; el estar de continuo marchando íntimamente de nuestro ser al del prójimo es esencial al amor...” (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 556). El amor es orientación y movimiento hacia lo amado que, si bien reviste un carácter psíquico, pues el objeto nos pone en tensión y acapara toda nuestra atención, es una ir que quisiéramos fuera de todo nuestro ser. La proximidad física, la convivencia externa es una consecuencia pero no hace a la esencia del amor:

No se puede ir al Dios que se ama con las piernas del cuerpo, y, no obstante, amarle es estar yendo hacia Él. En el amar abandonamos la quietud y asiento dentro de nosotros, y emigramos virtualmente hacia el objeto. Y ese constante estar emigrando es estar amado. (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 556)

3.3.5. El amor se prolonga en el tiempo

Otra nota esencial que el filósofo madrileño descubre desde la experiencia de amar, es su prolongación en el tiempo. Amar no es un acto puntual ni instantáneo como el entender o el querer. “El amor es una fluencia, un chorro de materia anímica, un fluido que mana con continuidad como de una fuente” (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 556). El amor no sería un disparo sino una emanación continuada, es un ir positivo, un ir a favor del objeto amado, ir en su pro. Se presenta así, otra característica del amor, su inclinación y fin más profundo: su positividad. Por la cual éste es en esencia intención afirmativa y la afirmación más “intenciva” e intensiva. Es un “sí” pronunciado desde nuestro fondo más abismático. De tal modo, si bien Ortega no nos da una definición de sentimiento amoroso, es indiscutible que involucra a toda la persona, y en especial a su dimensión más noble, la espiritual.

3.3.6. El amor es esencialmente creativo

Esto hace del amor la actividad creativa por excelencia, mejor dicho, no hay más acción creativa que la que nace del amor. Creo que ésta sería para Ortega la tarea auténticamente humana, su “quehacer”. El amor es algo que

se hace, es un hacer empeñoso porque lo amado exista. Es promoverlo, auxiliarlo, colaborar para que sea y no admitir la posibilidad de su ausencia. Esto da al amor, desde el punto de vista psíquico, una cierta "temperatura". Y así, hablamos del fuego del amor o de su frialdad. Mas, qué sea temperatura, se aclara si lo miramos desde el objeto amado y atendemos a lo que el amor hace respecto de él. El amor actúa constantemente, envuelve al objeto en una atmósfera favorable, es caricia, halago, corroboración.

El deseo goza de lo deseado, recibe de él complacencia, pero no ofrenda; no regala, no pone nada de sí. [...] El amor, en cambio, llega en esa dilatación visual hasta el objeto y se ocupa en una faena invisible, pero divina, y la más actuosa que cabe: se ocupa en afirmar su objeto. [...] Amar una cosa es estar empeñado en que existe; no admitir la posibilidad de un universo donde aquel objeto esté ausente. Pero nótese que esto viene a ser lo mismo que estarle continuamente dando vida *en lo que de nosotros depende*, intencionalmente. Amar es vivificación perenne, creación y conservación *intencional* de lo amado. (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, pp. 558-559)

Por ello el amor nos une al objeto amado. Es concordia, corazón con corazón. Y a pesar de las distancias físicas, los mundos se dilatan, se encuentran y se funden. Ortega llama a esta situación: "convivencia simbólica" por la cual el alma está en esencial reunión con lo amado.

Al ser el amor actividad permite diferenciarlo de la alegría y la tristeza, que son estados de ánimo, y por tanto esencialmente pasivos, meras reacciones. El que está triste, no hace nada para estarlo, tampoco el alegre. Por tanto, el amor puede florecer en medio de las tristezas y las penas.

Culmina Ortega, su breve ensayo, con esta cita de Pfänder a modo de síntesis:

Si a esta altura resumimos los atributos que del amor se nos han revelado, diremos que es un acto centrífugo del alma que va hacia el objeto en flujo constante y lo envuelve en cálida corroboración, uniéndonos a él y afirmando ejecutivamente su ser. (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, p. 559)

3.3.7. El amor por los Otros

Toda vocación es en el fondo impulso amoroso, más aún, todo impulso amoroso genuino brota de la vocación, cuya dirección esencial es hacer trascen-

der la vida más allá de sí misma, pues ella, que es radical apertura, sólo alcanzará su perfección en el encuentro con lo Otro. Este encuentro es profundamente creativo, pues tiene el poder de hacer surgir la verdad de las cosas y de sí mismo.

Dentro de mi circunstancia -que constituye una parte de mi ser-aparecen ocupando un lugar privilegiado los Otros. Quisiera concluir, entonces, mostrando cuáles son, a mi entender, las implicancias que la realización de la vocación posee en la relación con los Otros, según lo sugiere el pensamiento de Ortega:

El estar abierto al otro, a los otros, es un estado permanente y constitutivo del Hombre, no una acción determinada respecto a ellos. Esta acción determinada -el hacer algo con ellos, sea *para* ellos o sea *contra* ellos- supone ese estado previo e inactivo de abertura (Ortega y Gasset, 1983, t. 7, p. 150).

Es esencial al hombre hallarse abierto y referido a lo otro, al "alter", por ello, le guste o no -dirá Ortega- es constitutivamente "altruista", no en un sentido moral sino metafísico. Este altruismo implica que vivir, siempre y en sentido riguroso es "con-vivir"; por el cual, pasando del estado pasivo de abertura obro sobre el otro y éste me reciproca. Este sernos mutuamente o recíprocamente se llamará: "nostridad"; la cual puede crecer en proximidad e intensidad hasta llegar a convertirse en "intimidad", en la cual el Otro se me hace único e inconfundible, se me vuelve un Tú.

La relación con el Otro es definida muchas veces por Ortega como una "lucha", la cual encuentra su más sustancial estrato de peligrosidad, no en el hecho de que el Otro nos sea, ni aun mínimamente hostil, sino en el simple hecho de que Tú eres Tú, que tienes tu peculiar modo de ser incoincidente con el mío. Esta incoincidencia provoca infinidad de choques, por los cuales vamos aprendiendo cuáles son las aristas del otro, y puliendo nuestras esquinas a fin de acomodarnos mutuamente⁹.

⁹ Como observa Antúnez: "La intersubjetividad en Ortega presenta visos especiales. No existe la estéril búsqueda de esperanzas de comunicación que presenciamos en *Apuerta cerrada*, de J. P. Sartre [...]. En Ortega la relación con el "otro", es posible, pero peligrosa, el estado de alerta no desaparece nunca, ni aún con el más conocido y querido, hay siempre en la perspectiva visual sobre las cosas algo que se repite, un aspecto que queda en tinieblas [...]. Ortega pretende despojar a la palabra "peligro", de su connotación negativa, nos dirá que peligroso equivale a "incierto", no sé a qué atenerme con el otro, esto se agrava o disminuye según el grado de conocimiento que

Tiene, nuestro autor, una profunda vivencia de la interioridad humana, de su poder de autodeterminación y de la responsabilidad de sí mismo. Por ello, exige como actitud básica para considerar a un acto como auténticamente humano, la lucidez interior. Estimo, que vivir esta exigencia, lo lleva a experimentar la soledad del alma en el momento de la decisión, por la cual toda la responsabilidad pesa sobre el individuo.

No hay remedio. Tengo que apechugar con todo eso [se refiere a la circunstancia]. Tengo *velis nolis* que arreglármelas mejor o peor, con todo ello. [...] *eso* me pasa últimamente a mí sólo y tengo que hacerlo solitariamente, sin que *en el plano decisivo*—nótese que digo en el plano decisivo— pueda nadie echarme una mano. (Ortega y Gasset, 1983, t. 7, p. 106)

Esta experiencia pavorosa de la libertad y su poder, hace que en “el plano decisivo”, que es el acto mismo de decidir, quede el hombre en absoluta soledad y se ponga en juego su propio ser.

4. La vocación: un llamado al amor

Llegados a este punto es necesario afirmar que si en el plano de la decisión soy absoluta soledad, en el plano de la realización de mi ser, hacia donde se dirigen mis decisiones, soy absoluta convivencia. Vivir es convivir, el hombre es “un ser de encuentro”, sólo existe con los Otros. Su vocación, y, por tanto, su destino último no la haya en soledad sino en el encuentro fecundo con lo Otro y con los demás. Prueba consistente de ello son estas palabras de Ortega:

Desde el fondo de radical soledad que es, sin remedio, nuestra vida, emergemos constantemente en ansia no menos radical de compañía y

sobre el “otro” tengamos; pero desaparecer nunca desaparece por completo [...]. Las relaciones se definen como relaciones de “lucha”, [...] es la violentación que significa acomodar mi modo de ser al modo de ser del otro y viceversa. Sin embargo, Ortega termina sobornándonos mediante el lenguaje, al describir, por ejemplo, un pasaje trivial y casi repetido por todos en nuestra vida cotidiana, “hay una palabra que no decimos porque sabemos que lo lastima, lo hiere, buscamos acomodar las esquinas de nuestra alma a la de él, y a la inversa. Pero esa simetría no es natural, es el precio que pagamos para permanecer junto a “otros”, cuando amamos a “otros” (Antúñez, 1986, p. 47).

sociedad. Cada hombre quisiera ser los otros y que los otros fueran él. Toda una serie de dimensiones de nuestra vida se compone de fervidos ensayos para romper la soledad que somos y fundirnos en un ser comunal con otros. (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, pp. 602-601)

La inclinación hacia los otros hombres es tan radical como nuestra soledad, es decir, son constitutivos de nuestro ser. Por ello, no me parece adecuada una visión de Ortega en que sólo se señale la dimensión de soledad. Nuestro ser busca rehundirse con el de los demás, constituir un solo ser, un ser comunal. Y este supremo ensayo es el amor. El amor tiene la capacidad de unirnos al amado, pero sin renunciar a nosotros mismos, sin anularnos. Es un salir de nosotros sin perdernos, es un irnos sin abandonarnos, en la esperanza de encontrar en el amado nuestro completitud.

Se quiere a otro en la medida en que, además de ser uno lo que es, se quiere también ser el otro, solidarizarse con la existencia del otro, y se siente, en efecto, el ser del otro como inseparable, como nuestro ser, y si nos quitan el otro parece que nos quitan la mitad de nuestro ser, precisamente la mitad que nos parece más importante. (Ortega y Gasset, 1983, t. 5, pp. 602-601)

El amor, y por tanto toda vocación humana que en esencia es amor, es básicamente "solidaridad". Esto es lo que entiendo transmite el pensamiento orteguiano: no puedo ser feliz –signo de que estoy lejos de realizar mi vocación–, si no me hago solidario, si mi "quehacer" no es un ayudar a que los demás –también a que las cosas– sean. Si no soy copartícipe de su realización. Solidaridad cuyos sinónimos son: apoyo, respaldo, ayuda, protección, favor, aval, defensa, adhesión; los cuales definen la esencia de toda vocación personal y determinan el carisma de su misión.

Si tenemos en cuenta que para Ortega la circunstancia es el sector de la realidad circunstante que forma la otra mitad de mi persona y que sólo a través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo (Ortega y Gasset, 1983, t. 1, p. 322); es claro que dentro de la multitud de realidades que componen mi circunstancia, y, por tanto, de mi persona, los Otros aparecen en mi "contorno vital" como la parte más importante de mi ser, si los perdiera quedaría amputada, precisamente, de aquella dimensión que valoro vitalmente como primordial, sin la cual no tengo ninguna posibilidad de integrarme y ser plenamente yo mismo.

4.1 La vocación: un llamado a la comprensión

El deber primordial del amor es la “comprensión”, sólo ésta puede ampliar nuestros horizontes y nos permite experimentar el derecho que tienen los demás a ser y manifestarse. Hablando del deber de comprensión, nos dice: “Merced a él crece indefinidamente nuestro radio de cordialidad, y, en consecuencia, nuestras probabilidades de ser justos” (Ortega y Gasset, 1983, t. 1, p. 316).

Fue Ortega un hombre, según él mismo se define, agitado por el vivo afán de comprender; por ello le dolía ver a su España tan cerrada, tan ensimismada, incapaz de abrir su corazón a lo forastero y distinto:

Yo sospecho que, merced a causas desconocidas, la morada íntima de los españoles fue tomada tiempo hace por el odio, que permanece allí artillado, moviendo guerra al mundo. [...] Los españoles ofrecemos a la vida un corazón blindado de rencor, y las cosas, rebotando en él, son despedidas cruelmente. (Ortega y Gasset, 1983, t. 1, pp. 312-313)

El odio ejerce una influencia opuesta al amor: produce la aniquilación de todo lo valioso, pone entre nuestra intimidad y lo odiado un muro infranqueable. El odio fabrica inconexión, aísla y desliga, atomiza el orbe y pulveriza la individualidad. Su mayor afán –por qué no, su vocación– fue ayudar a su España a encontrarse a sí misma, a ser sí misma, poniéndola en comunicación, en posibilidad de encuentro con Europa. Así lo declara expresamente en la *Introducción a una Edición de sus obras*:

Pero cada una de las páginas aquí reunidas resumió mi existencia entera a la hora en que fue escrita, y yuxtapuestas, representan la melodía de mi destino personal. [...] Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas. [...] Hacia este señorío de la luz sobre sí mismo y su contorno quería yo movilizar a mis compatriotas. Sólo en él tengo fe; sólo él realzará la calidad del español y le curará de ese sonambulismo dentro del cual va caminando hace siglos. (Ortega y Gasset, 1983, t. 4, pp. 350-351)

Todo hombre posee una misión de claridad que proviene del pensamiento, pero de un pensar que es aspiración de comprensión, y, por lo tanto,

que debe ser movido imprescindiblemente por el amor¹⁰. El amor es la fuerza vital que orienta el pensamiento, aun para comprender lo que nos resulta incomprensible, para entender al enemigo. Es ficticio, declara Ortega, ese pretendido heroísmo que llega a creer que el enemigo no tiene un adarme de razón ni una tilde de derecho.

El amor nunca es pasivo, ni aun cuando combate, allí también es comprensión: “Esta lucha con un enemigo a quien se comprende, es la verdadera tolerancia, la actitud propia de toda alma robusta” (Ortega y Gasset, 1983, t. 1, p. 315)¹¹. El odio encierra la ficción de querer suprimir, negándole la existencia a porciones de realidad que forman parte de nuestra circunstancia, esto constituye lo que él llama: “pecado cordial”. Ser tolerante no implica renegar de la posición personal, es sólo comprender al otro, permitirle que exista, que de vele la porción, grande o pequeña, de verdad que encierra su vida, y que en encuentro fecundo con la mía me permita comprenderme mejor a mí mismo, y por supuesto, tener la posibilidad de rectificarme y crecer. Por ello dice: “Yo desconfío del amor de un hombre a su amigo o a su bandera cuando no le veo esforzarse en comprender al enemigo o a la bandera hostil” (Ortega y Gasset, 1983, t. 1, p. 314). Esta actitud no es sólo falta de tolerancia, sino de la mínima exigencia de veracidad.

Por último, la intolerancia es la actitud que me lleva a tratar al prójimo de un modo impersonal, como a una cosa. Se presenta por la imposibilidad de abandonar la perspectiva inmediata y primaria, en la cual uno es el centro y lo demás objeto de periferia, por tanto, mera cosa.

Persona, en cambio, es algo cuando no sólo consiste en que yo lo vea y aproveche, en que sea objeto para mí, sino cuando, además de esto,

¹⁰ Continúa la cita: “Yo quisiera proponer en estos ensayos a los lectores más jóvenes que yo, únicos a quienes puedo, si inmodestia, dirigirme personalmente, que expulsen de sus ánimos todo hábito de odiosidad y aspiren fuertemente a que el amor vuelva a administrar el universo” (Ortega y Gasset, 1983, t. 1, p. 313).

¹¹ Para Ortega el odio sólo habita en almas débiles, y por ello debe ser combatido como el principal enemigo de la vocación, cuya esencia se manifiesta en el auténtico heroísmo: “El rencor es una emanación de la conciencia de inferioridad. Es la supresión imaginaria de quien no podemos con nuestras propias fuerzas realmente suprimir. Lleva en nuestra fantasía aquel por quien sentimos rencor, el aspecto lívido de un cadáver; lo hemos matado, aniquilado, con la intención. Y luego, al hallarlo en la realidad firme y tranquilo, nos parece un muerto indócil, más fuerte que nuestros poderes, cuya existencia significa la burla personificada, el desdén viviente hacia nuestra débil condición” (1983, t. 1, p. 315).

resulta que es también centro vital como yo; por tanto, que también él ve y palpa, se sirve de las cosas en su derredor, entre las cuales, tal vez, estoy yo. De suerte que yo no puedo sentir algo como siendo persona si no aprendo a considerarme como objeto de su periferia. Entonces, al verme como elemento del paisaje ajeno, me estoy viendo desde el prójimo, es decir, que virtualmente estoy usando su pupila y viviendo su vida. (Ortega y Gasset, 1983, t. 6, p. 346)

4.2. La vocación: un llamado a la comunión

Al tratar del origen de la vocación vimos que el alma que lucha por ser sí misma, por vivir bajo el imperativo de su destino, sólo hallará descanso en el amor ferviente a otra alma¹². La “excentricidad” del alma, provocada por la ausencia de un centro o punto de apoyo en nada que no sea ella misma, hace de la existencia una tensión sin tregua. Es el alma el punto de fuga de esta tensión que busca alcanzar, allende sí misma, la otra orilla de la realidad. En este pavoroso esfuerzo que conlleva una existencia auténtica, sólo encuentra un bálsamo y su reposo en otra alma con la cual fundir el propio centro vital.

Esto nos lleva al punto de afirmar que toda vocación vivida plenamente lleva al hombre a la comunión de corazones. Se muestra así, cómo el cumplimiento del destino contiene la maravillosa posibilidad de descubrir la propia identidad, de realizar la propia mismidad, en colaboración amorosa de otras almas. La vocación esconde la posibilidad de un destino común. Así lo explica bellamente:

Del mismo modo, el alma enamorada realiza la mágica empresa de transferir a otra alma su centro de gravedad, y esto, sin dejar de ser alma. Entonces reposa. La excentricidad esencial queda en un punto corregida: hay, por lo menos, otro ser con cuyo centro coincide el nuestro.

¹² “Todo hombre o mujer que llega a madurez sintió en una hora ese gigante cansancio de vivir sobre sí mismo, de mantenerse a pulso sobre la existencia, parecido al *odium professionis* que acomete a los monjes en los cenobios. Es como si al alma se le fatigasen los propios músculos y ambicionase reposar sobre algo que no sea ella misma, abandonarse, como una carga penosa al borde del camino. No hay remedio, hay que seguir ruta adelante, hay que seguir siendo el que se es... pero sí, un remedio existe, sólo uno, para que el alma descanse: un amor ferviente a otra alma” (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 470).

Pues ¿qué es amor, sino hacer de otro nuestro centro y fundir nuestra perspectiva con la suya? (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 470)

La comunión vivida como fruto de un destino compartido es tan intensa que nuestra alma de algún modo se transfiere a la del otro, se refunde con ella, así, yo mismo estoy en el otro, como el otro está en mí. Al punto que puedo hallarlo dentro de mí mismo.

Traigamos la escena, citada anteriormente, del martirio de San Mauricio y sus legionarios representada por El Greco, cuando el santo invita a sus compañeros a morir por Cristo. Nuestro filósofo comparte la impresión que le produce esta obra, y las transmite en palabras que ahora podemos entender en mayor dimensión, y que, a mi juicio, muestran en vibrante síntesis la intuición central del pensamiento de Ortega en torno al hecho de la vocación humana: “Es un grupo de hombres ensimismados, y, sin embargo, en profunda conversación y comunicación. Parece que *ha descendido cada cual al fondo de sí mismo y ha encontrado allí a los demás*” (Ortega y Gasset, 1983, t. 2, p. 151).

5. El origen último de la vocación: una cuestión en suspenso

El segundo punto que se planteó acerca del origen último de la vocación es más difícil de abordar por el simple hecho que el mismo Ortega no lo trata en sus escritos. Se limita a constatar su existencia, se contenta con una explicación inmediata, dejando en suspenso la cuestión decisiva (Larraín Acuña, 1958, pp. 155-156). Según Arturo Gaete (1962) –cuyo estudio sobre Ortega me parece de los más claros de los leídos para este trabajo– afirma que su visión de la vocación es de gran profundidad, más su epistemología nominalista y su psicología sensista, no le permitieron fundamentar sus puntos esenciales; basados en intuiciones verdaderas, pero con un aparato metafísico absolutamente insuficiente para llevar estas intuiciones a su pleno y consistente desarrollo.

Aventurar una solución es sumamente difícil, pues él rehúye el tema sistemáticamente. La ausencia de un tema también nos dice algo sobre él. Seguramente Ortega sí se planteó el problema, el mismo dirá que la Filosofía es saber de las ultimidades y “el ser fundamental”, es el plano último de toda perspectiva. Si no quiso abordarlo filosóficamente nos situamos ante el misterio del corazón humano. Personalmente adhiero a la lectura que sobre este tema realiza Larraín Acuña (1958, pp. 151 y ss.) cuyo estudio presenta muy fundadas razones para negar la posibilidad de encontrar en el pensamiento

orteguiano, considerado integralmente, y no sólo a partir de expresiones aisladas, las bases de un monismo evolucionista y mucho menos panteísta.

6. La vocación y el problema de Dios

Antes de terminar quisiera hacer una brevísima mención al problema de Dios en Ortega. Personalmente encuentro en su doctrina sobre la vocación elementos muy próximos a la doctrina de la Providencia. Si la vocación es llamada incondicional, si ella es destino necesario, si su criterio de discernimiento es la felicidad, si es la circunstancia el lugar donde ella se manifiesta, si es la historia donde ha de dejar su huella, junto con la de los pueblos y razas, se plantean en forma acuciante los interrogantes: ¿quién llama?, ¿con qué derecho?, ¿por qué la felicidad acompaña su realización? Para todos estos interrogantes, sólo encontramos silencio en Ortega.

Por ello, no nos basta la hipótesis de Walgrave sobre el origen de la vocación, quien, sin negar que Ortega es muy confuso al respecto, arriesga como solución la siguiente:

Partiendo de la tesis fundamental de Ortega de que la realidad no es ni objeto ni sujeto, sino vida, la relación única entre ambos, tal vez podamos decir que el destino vital de cada cual es determinado por la relación única entre su situación histórica única y el conjunto único de los instrumentos personales de que dispone el yo libre para hacer su vida (Walgrave, 1969, p. 222).

Esto es contradecir el pensamiento expreso de Ortega, que no se cansa de afirmar que la vocación es anterior y uno de los polos de la relación en que mi vida consiste. Es no entender, tampoco la función de la circunstancia –oprimir mi vocación, y ésta a la inversa, oprimir mi circunstancia- que no es configurar, junto a mis dotes naturales, mi vocación. El mismo Ortega, al referirse al fondo insobornable nos habla de que su origen es “misterioso”. Y particularmente creo que en este punto Ortega se encontró frente al Misterio. Y, sin pretender adentrarme en esta cuestión, que nos llevaría lejos del modesto propósito de este trabajo, pienso que su “teoría de la vocación” no excluye a Dios, más bien sugiere, deja entrever su necesidad¹³.

¹³ Al respecto, se puede consultar el interesantísimo estudio de Merino (1964), donde plantea, tomando textos de *Meditaciones del Quijote* y *¿Qué es la Filosofía?*, la presencia de Dios en el pensamiento de Ortega. También, el trabajo Rosales (1957), que nos des-

7. Conclusión

La cuestión de la vocación atraviesa todo el pensamiento de Ortega y Gasset, y la pregunta por el origen de la misma ha llevado no sólo responder esta pregunta, sino que ha puesto de manifiesto que la vocación es una dimensión constitutiva del hombre y a descubrir su naturaleza.

Como resultado de lo analizado se puede afirmar que la fuente de la vocación en el sujeto se halla en su región anímica. Allí se encuentra ese “fondo insobornable” del cual surge la voz que develará a cada hombre su más genuina identidad. Sólo los fuertes serán capaces de escucharla y, superando el influjo de las esferas supraindividuales del mundo del espíritu y de la naturaleza, llegar a vivir desde sí mismos. Mas este vivir desde sí mismo implica, paradójicamente, la necesidad de salir de sí. La fuerza vital del alma es esencialmente un perpetuo emigrar hacia el “otro”.

De allí que la vocación humana se defina como un llamado al amor. Amor que es descrito por Ortega como el sentimiento primigenio, el más fecundo, la fuerza y fuente de todo otro sentimiento. Impulso centrífugo, absoluta generosidad, capacidad de entrega opuesto al mero deseo que siempre es auto-referencial y posesivo. El sentimiento amoroso es elección originaria que condiciona nuestro querer, es un movimiento anímico a favor del amado, que me compromete y me responsabiliza por su existencia. El amor es creativo, es el “quehacer” por excelencia por el cual me descubro esencialmente referido al “otro”, llamado a vivir la “nostridad”, la intimidad con el otro por la que éste se me revela como un “tú”. La pregunta por el origen de la vocación descubrió su esencia: ella es un llamado al amor y, por tanto a la comprensión y a la comunión. De esta orientación inscrita en el fondo más abismático del hombre surgen las líneas maestras de su destino, el cual, más allá de los infinitos modos en que se concreta en cada persona, siempre será auto-trascendencia. Se encuentra aquí el fundamento de la dignidad de toda vida humana.

Finalmente, el segundo interrogante sobre el origen último de la vocación, sobre una causa exterior al sujeto, queda abierto. Sin embargo, los términos en que la cuestión de la vocación es planteada en el pensamiento de Ortega, llevan a la necesidad de buscar una respuesta satisfactoria.

cubre el aspecto religioso de la vocación y la libertad en el planteo orteguiano. De opinión totalmente opuesta se pueden examinar, entre otros, los trabajos de Iriarte (1942); Sánchez Villaseñor (1943) y Casanovas Sánchez (1960).

Referencias

- Antunez, S. (1986). Antología en torno a la antropología de José Ortega y Gasset. *Reflexiones sobre Ética*, 1(4), año 1, n° 4,47-89.
- Casanovas Sánchez, U. (1960). *Ortega, dos filosofías*. Madrid: Ed. Studium.
- Conill Sancho, J. (2015). La intimidad corporal en la filosofía de Ortega y Gasset. *Isegoría*, 53, 491-513.
- Gaete, A. (1962) *El sistema maduro de Ortega*. Buenos Aires: Cía. Gral. Fabril Editora, Buenos Aires.
- García Astrada, A. (1955). Ortega y Gasset desde adentro. *Humanitas*, 2(6), 245-255.
- Gurméndez, C. (1983). Ortega y la Antropología. *Teorema*, 13(3/4), 407-419.
- Iriarte, J. (19429). *Ortega y Gasset, su persona y su obra*. Madrid: Ed. Razón y Fe.
- Larraín Acuña, H. (1958). *La génesis del pensamiento de Ortega*. Buenos Aires: Editorial Sur.
- Merino, L. (1964). La vida humana, el mundo y el ser fundamental en Ortega. *Revista de Filosofía*, 13(88), 51-78.
- Ortega y Gasset, J. (1983). Obras Completas. Tomo 1. *Meditaciones del Quijote*, Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- (1983). Obras Completas. Tomo 2. *El Espectador*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- (1983). Obras Completas. Tomo 2. *Quijote en la escuela*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- (1983). Obras Completas. Tomo 2. *Ideas sobre Pío Baroja*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- (1983). Obras Completas. Tomo 2. *Vitalidad, alma, espíritu*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- (1983). Obras Completas. Tomo 2. *Muerte y Resurrección*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- (1983). Obras Completas. Tomo 3. *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- (1983). Obras Completas. Tomo 4. *En torno a Galileo*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- (1983). Obras Completas. Tomo 4. *Pidiendo un Goethe desde adentro*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- (1983). Obras Completas. Tomo 4. *Introducción a una Edición de sus obras*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.

- (1983). Obras Completas. Tomo 5. *Facciones del amor*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
 - (1983). Obras Completas. Tomo 5. *La elección en el amor*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
 - (1983). Obras Completas. Tomo 6. *Historia como sistema*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
 - (1983). Obras Completas. Tomo 7. *El hombre y la gente*. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- Rosales, L. (1957). La libertad humana y el proyecto vital en Ortega y Gasset. *Cuadernos Hispanoamericanos de Filosofía*, 95, 159-174.
- Sánchez Villaseñor, J. (1943). *Pensamiento y trayectoria de José Ortega y Gasset*. México: Editorial Jus, México.
- Walgrave, J. H. (1969). *La filosofía de Ortega y Gasset*. Madrid: Revista de Occidente.

Fecha de recepción: 15/11/2017

Fecha de aceptación: 07/12/2017

